

El Huso, la lanzadera y la aguja

Hermanos Grimm

A la salida del pueblo vivían una huerfanita y su madrina. Eran muy pobres, y no tenían sino una diminuta cabaña donde se ganaban modestamente la vida, hilando, tejiendo y cosiendo. La madrina ya no era joven; con el paso de los años se llegó a poner tan vieja, que no pudo trabajar más. Por fin, se sintió demasiado vieja hasta para seguir viviendo, por lo que llamó a la muchacha junto a su cama y le dijo:

—Tesorito mío, ya es hora de que me vaya. No tengo dinero que dejarte, pero te quedará nuestra casita como amparo contra el viento y las tormentas. También te quedan el huso, la lanzadera y la aguja. Son tus amigos y siempre podrás contar con ellos para ganarte el pan.

Muy pronto quedó sola la muchacha en la cabaña. Siguió trabajando lo mismo que antes, y aunque nunca se hizo rica, ni mucho menos, sí se las arreglaba para alejar de su puerta a la pobreza.

Por aquel tiempo, el más afable de los príncipes recorría el país en busca de novia. El rey, no quería que se casara con una muchacha pobre, y a él, en cambio, no le hacían mucha gracia las muchachas ricas.

«Si pudiera encontrar alguna que fuese a la vez la más pobre y la más rica», pensaba, «ésa sería mi princesa».

No tardó mucho en descorazonarse, pues se trataba de una combinación muy difícil de hallar. Sin embargo, persistió en su propósito y continuaron sus pesquisas.

El día en que llegó al pueblo de la muchacha preguntó, como era su costumbre, quién era la doncella más rica y quién la más pobre del lugar. Le dieron el nombre de la más rica —una orgullosa joven de alto rango—; y, en cuanto a la más pobre, mencionaron a la huerfanita que vivía en el extremo mismo del pueblo.

Tan pronto como la joven rica se enteró de que llegaba un gallardo príncipe, corrió a vestirse con sus mejores galas y fue luego a esperarlo a la puerta. Apenas lo vio venir, se le acercó con menudos pasos y le hizo una profunda reverencia.



El príncipe la miró y espoleó su caballo sin decirle una palabra. «Es bella, y puede que sea rica», se dijo, «pero no es ciertamente rica y pobre a la vez. No, ésta no me conviene».

Cuando llegó a la diminuta cabaña que estaba a la salida del pueblo no vio a la huerfanita asomada por ninguna parte. Por fin, condujo su caballo hasta una ventana abierta. Allí, en la resplandeciente luz de la mañana, estaba la muchacha, hila que hila.

Levantó ella casualmente la vista y, al ver aquel amable y bondadoso rostro en su ventana, se puso del color de una rosa, bajó los ojos y siguió hilando como si en ello pusiera toda su vida. Estaba tan turbada que apenas podía manejar el hilo. Era demasiado tímida para levantar otra vez los ojos, así que continuó trabajando hasta que se fue el príncipe.

Levantose entonces, fue de puntillas a la ventana, y estuvo allí contemplándolo hasta que de la airosa y blanca pluma del sombrero del joven no quedó sino una vaga mancha en la azul lejanía.

Volvió a su asiento sintiéndose extrañamente feliz. Danzaba su corazón y, sin darse apenas cuenta, comenzó a cantar una cancioncita que tiempo atrás le había enseñado su buena madrina:

—¡Huso, buen huso, que sabes bailar, ve y dile cómo venir a mi hogar!

¡Cuál no sería su sorpresa al ver que el huso la obedecía! Saltó de su mano al suelo y desapareció por la puerta. La muchacha se precipitó tras él, llena de asombro, y lo vio bailar alegremente prado abajo, dejando como rastro un resplandeciente hilo de oro. A poco se esfumaba allá lejos.

Puesto que no podía seguir hilando, la huerfanita tomó su lanzadera y se puso a tejer.

Entretanto, el huso iba baila que baila en pos del príncipe, hasta que por fin le dio alcance. El príncipe lo miró asombrado.

—¿Qué es esto? —exclamó—. ¿Será posible que este huso quiera conducirme a alguna parte? Voy a seguirle el hilo, a ver qué pasa.

Volvió, pues, las riendas a su caballo y comenzó a seguir el hilo de oro. A todas estas, la muchacha, ignorando lo que sucedía, no dejaba de tejer laboriosamente. Sentíase

aún alegre y animosa, sin saber por qué. De pronto, se sorprendió a sí misma cantando la segunda parte de la vieja canción que le enseñó su buena madrina:

Lanzaderita, mensajera mía, tráemelo, ¿quieres?, este mismo día.

De repente, la lanzadera se le escapó de entre los dedos, y huyó tan aprisa, que no pudo ver adónde iba. Como una flecha atravesó la puerta y cayó sobre los escalones de la entrada, donde por sí sola comenzó a tejer una larga y estrecha alfombra. Era una alfombra de maravillosa belleza. A cada lado tenía una franja de rosas y lirios, y en el centro, sobre un fondo de oro, había un diseño de enredaderas con ciervos de grandes ojos atisbando entre las frondas, rápidos conejos brincando aquí y allá y pájaros resplandecientes posados en las ramas. Tan naturales y alegres lucían aquellos pájaros, que se esperaba oírlos cantar de un momento a otro. En fin, parecía que todo el conjunto estaba vivo.

La lanzadera saltaba a un lado y otro tejiendo maravillas a su paso, y la alfombra cada vez iba haciéndose más larga.

Nada de esto sabía la muchacha. Daba su lanzadera por perdida y se había puesto a coser con toda calma. Sentíase aún extrañamente feliz, y le bullía una canción en el pecho. Sin darse cuenta de lo que hacía, comenzó a cantarla en voz alta:

¡Corre, agujita, date prisa y maña, limpia y ordena mi pobre cabaña!

En ese mismo momento la aguja saltó de entre sus dedos y voló por todo el cuarto, aquí y allá, arriba y abajo, adelante y atrás. Tal parecía que la manejaban unos dedos mágicos, pues ante los asombrados ojos de la muchacha estaban las cosas cambiando como por encanto.

Ricos tapices verdes aparecieron por los aires y se dejaron caer sobre la mesa, el banco y la cama; en las ventanas, unas vaporosas cortinas se colgaron airosamente a sí mismas; las sillas se volvieron suaves y mullidas, y una alfombra de un rico y vivo rojo se desenrolló por sí sola a lo largo del desnudo piso.

La muchacha estaba tan maravillada, que no podía hacer otra cosa que mirar todo aquello con los ojos muy abiertos y llenos de asombro. Apenas la aguja dio la última puntada, vio por la ventana algo que le hizo latir el corazón fuertemente: una blanca mancha que se agitaba allá en la lejanía e iba haciéndose cada vez más clara y más

cercana. Era el príncipe, a quien el rutilante hilo de oro conducía hasta su misma puerta.

Saltó el príncipe del caballo, y comenzó a andar sobre la maravillosa alfombra. La muchacha no podía imaginar de dónde había salido aquella alfombra, pues la lanzadera, concluida su obra maestra, estaba modestamente reclinada sobre el escalón de la puerta.

Cuando el príncipe entró en la cabaña, se quedó encantado con lo que veían sus ojos. Allí estaba de pie la huerfanita, con su sencillo vestido de siempre, pero todo cuanto la rodeaba la hacía resplandecer como una rosa en el rosal.

—¡Al fin te encuentro! —le dijo el príncipe, tendiéndole la mano—. Sí, tú eres pobre, pero rica a la vez, y rica en muchas cosas. ¡Ven conmigo, muchachita mía, pues tú vas a ser mi princesa!

Ella se puso roja como una rosa y no le respondió una palabra, pero le tendió la mano, y muy feliz que se sentía. El príncipe la llevó consigo al castillo de su padre y allí se celebraron las bodas.

¿Y qué fue de sus buenos amigos el huso, la lanzadera y la aguja? No fueron olvidados, no, sino que les dieron el sitio que les correspondía en el tesoro real. Y muchos eran los viajeros que venían a ver al huso que sirvió de guía al príncipe, a la lanzadera que lo condujo hasta la puerta y a la aguja que convirtió en palacio el pobre hogar de una muchacha huérfana.

Fuente original: *Cuentos de Grimm*, 2003.

Colaboración: Editorial Gente Nueva.